

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE LA TRANSFIGURACION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsum: et transfiguratus est ante eos. (Math. XVII, 1 et 2).

Toma Jesús consigo á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva aparte á un monte alto: y se transfiguró delante de ellos.

1. No satisfecho Dios con habernos criado, redimido, colmado de bienes, y prometido la gloria eterna, nos dió en sí mismo una prenda de ella.

2. Á este fin sube á la cumbre del monte Tabor... Palabras de Pedro...

3. Lo mismo deberíamos todos exclamar, y lo haríamos como lo hacen las almas santas si no viviéramos olvidados del sumo bien que Dios nos reserva en el cielo.

4. Este comun olvido será todo el argumento de mi discurso. *Invocacion.*

5. Todos los hombres desean y procuran ser felices... En vano buscan la felicidad en este mundo... No se halla en él tan inestimable tesoro...

6. La fe nos dice que está en el cielo... y ¿cómo sabiéndolo ponemos en los bienes terrenos todo el afecto que debiéramos poner en la gloria celestial? La causa es el fatal olvido de ella en que vivimos...

7. Símil de un viajero que olvidándose del objeto y término de su viaje, se para en una ciudad intermedia grande y hermosa.

8. Mayor aprecio hacian de la Jerusalem terrena los judíos cautivos en Babilonia, que no hacemos nosotros, desterrados en este mundo, de la Jerusalem celeste. Ellos suspiraban, lloraban...

9. Otros serian nuestros deseos y afectos si supiéramos imitar á los israelitas... David... Moisés...

10. La memoria del premio que se espera es muy poderosa. Con

ella animaba Moisés á los israelitas en el desierto... Ella anima al labrador... al navegante... al militar...

11. Si tanto puede la memoria de un premio transitorio, ¿qué hará la del eterno? *Pintura de este premio.*

12. ¡Oh cielo! ¡oh gloria!... ¿Qué corazon habrá tan duro?... ¿Quién dejará de...

13. Tales son los afectos que la memoria del cielo excita en las almas contemplativas... Job... justos... anacoretas... mártires... san Ignacio... El hallarnos nosotros tan distantes de su fervor proviene en gran parte del olvido en que vivimos de la gloria celestial.

14. Sí, este olvido tiene á nuestros corazones frios... Fijos los ojos en la tierra, como los brutos, no los levantamos al cielo... Viejos de que habla Daniel...

15. Palabras del gentil Séneca... ¡Qué confusion para los cristianos!...

16. *Ehortacion*: No sea tanta, oyentes carísimos, nuestra ceguedad... Dedicuemos algunos ratos á la consideracion de la vida eterna...

17. Arrepentidos de nuestro fatal olvido... Ya, Señor, nos pesa... Eficazmente proponemos... *Deprecacion*...

SERMON II

SOBRE LA TRANSGURACION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsum: et transfiguratus est ante eos.
(Matth. XVII, 1 et 2).

Toma Jesús consigo á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva aparte á un monte alto: y se transfiguró delante de ellos.

1. ¡Oh benignidad inefable de nuestro gran Dios! Con ser dignísimo de todo nuestro amor por sí mismo y por la copia de beneficios que nos ha hecho, nos ofrece aun magníficos premios para que le amemos. Es Dios por su naturaleza no solo infinitamente bueno y perfecto, sino la misma bondad y perfeccion. Nos crió de la nada, y nos dió un ser superior á todas las criaturas de este mundo: se hizo hombre por nosotros: con su sangre preciosísima nos redimió de la dura esclavitud del pecado y del demonio: nos ha llenado de favores, y no cesa de dispensarlos. ¿Qué títulos ni mas justos ni mas poderosos para obligar nuestro amor? ¿Qué hijo no amatiernamente al padre que le dió el ser? ¿Quién es tan ingrato, que no estime con mucho afecto á su Redentor, libertador, bienhechor liberalísimo? ¿Qué corazon hay tan duro, que no se deje arrastrar con suave fuerza de una bondad, una hermosura, una perfeccion infinita? Sin embargo de serle tan debido nuestro amor, se ha dignado Dios de prometer á los que de veras le aman y sirven un premio tan grande como es la gloria eterna; y no satisfecha su inmensa liberalidad con haberle prometido, para mas avivar nuestra esperanza, quiso dar en sí mismo una prenda del premio celestial á que debemos aspirar.

2. Á este fin sube Cristo con tres discípulos á la cumbre del monte Tabor. Allí difundida en su sagrado cuerpo la gloria, que por los altos fines de nuestra redencion tenia reconcentrada en la

parte superior de su alma santísima, se deja ver tan hermoso y resplandeciente, que arrebatado el apóstol san Pedro de tan plausible espectáculo, exclama: Señor, bueno es estar aquí: hagamos en este lugar delicioso tres tiendas, una para Vos, otra para Moisés, y otra para Elías, que fue como decir: coloquemos en este glorioso teatro nuestra perpétua morada.

3. Con semejantes ansias exclamarían todos los cristianos, si fijasen los ojos de la consideracion en la gloria celestial, de que la del Tabor fue un breve diseño. Cada uno diria en su interior con el Profeta: «¡Oh cuán bueno es y cuán dulce habitar en la casa del Señor ¹! ¡Cuán amables son, ó Señor de infinita grandeza, á vuestros tabernáculos ²! ¡Quién me diera las alas de una cándida «dichosa paloma, para volar con ellas al monte santo, á la region «sublime y deliciosísima de la gloria ³! ¡Cuándo será el feliz momento en que mi alma llegue á la presencia de mi Dios, para contemplarle, amarle y gozarle para siempre ⁴!» Así exclaman en efecto las almas santas, aquellas almas que tienen puesta su principal atencion, no en los bienes caducos de la tierra, sino en la bienaventuranza eterna. ¿Y por qué nosotros, oyentes carísimos, no exclamamos con tan vivas ansias? ¿Por qué no suspiramos con fervoroso afecto por la gloria celestial, sino porque en lugar de poner en tan dulce objeto nuestra consideracion, la tenemos puesta toda en los bienes y gustos de esta vida? Creemos que Dios ha ofrecido á los que fielmente le sirven el inmenso premio de aquella gloria; pero no la consideramos, no fijamos en ella la atencion: apenas nos acordamos de ella tal cual momento, y aun entonces muy ligeramente: por decirlo en una palabra, vivimos olvidados del sumo bien que Dios nos tiene preparado en el cielo. Con un olvido tan lastimoso, ¿qué mucho no lo deseemos con verdadero afecto, ni procuremos con la debida sollicitud su consecucion?

4. Este funesto efecto del comun olvido ha de ser hoy el triste objeto de mis declamaciones, y todo el argumento de mi discurso, en que os demostraré: *Que gran parte de los cristianos no buscan solícitos, ni desean con ansia la gloria del cielo; porque distraídos y absortos en las cosas terrenas, en vez de contemplarla con atencion y*

¹ Beati qui habitant in domo tua, Domine. (Psalm. LXXXIII, 5).

² Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! (Ibid. 1).

³ Quis dabit mihi pennas sicut columbæ, et volabo, et requiescam? (Psalmi LIV, 7).

⁴ Quando veniam, et apparebo ante faciem Dei? (Psalm. XLI, 3).

frecuencia, la tienen fatalmente olvidada. Para que mis paternas voces hagan en los corazones de mis amados oyentes la impresion y los felices efectos que deseo, asistidme, Señor, con los auxilios de vuestra divina gracia por intercesion de vuestra santísima Madre, que devotos imploraremos luego, saludándola con el Ángel: *Ave María.*

§ I.

5. Todos los hombres desean su felicidad; y es esta verdad tan cierta, que, segun afirma Ciceron, ni los académicos, que disputaron de todo, se atrevieron á ponerla en duda. Movidos de este deseo, que imprimió el Criador en el corazon humano, buscaron los filósofos antiguos la felicidad con tanto empeño, que no cesaban de disputar, escribir, viajar por mar y tierra, para encontrar tan estimable tesoro. Pero se cansaban en vano, dice mi Padre san Agustin¹; porque le buscaban en este mundo, de donde está desterrado. Esto era propiamente buscar una dulce y perpétua paz entre las confusiones de Babilonia: un gozo imperturbable en el valle de lágrimas: una verdadera y constante dicha en el propio teatro de trabajos, aflicciones y miserias.

6. Ilustrados nosotros por la fe, sabemos que no es este mundo el propio lugar de la verdadera felicidad, sino el cielo; sabemos que la gloria celestial es el noble fin para que somos criados: que solo ella puede saciar nuestros deseos, llenar nuestros corazones, hacernos sumamente contentos y dichosos por toda la eternidad. Con este cierto conocimiento ¿suspiramos ansiosos por aquella gloria? ¿la buscamos con la mayor solicitud? Así debiera ser; pero no es así. Nuestra solicitud, nuestras ansias, todo nuestro cuidado está puesto en las riquezas, honras y deleites de esta vida. ¡Extraño desorden! Que pusieran todo su anhelo en los bienes terrenos los que neciamente se prometían la felicidad en la tierra, no es de admirar; pero los que sabemos que no puede hallarse en la tierra sino en el cielo, poner en los bienes terrenos y mundanos todo el afecto que debiéramos poner en la gloria celestial: desear ser felices, y apartar el cuidado de donde únicamente se halla la felicidad verdadera, ¿cómo sería posible, á no tener olvidado lo mismo que creemos con increíble certeza? Sí, oyentes carísimos, el fatal olvido de la gloria celestial con que viven muchos cristianos es realmente la causa del poco ó ningun cuidado que ponen en ad-

¹ De Civit. Dei, lib. XIX, c. 6.

quirirla. Enamorados de los bienes aparentes de este mundo, embelesados con su vista, no levantan los ojos á los bienes inmensos que les ofrece Dios en el cielo: no piensan en la otra vida que han de esperar, sino en la que actualmente gozan: no consideran lo que ha de venir algun día, sino lo que tienen presente.

7. Muchas veces habréis visto algun pasajero, que hallando por el camino una ciudad grande y hermosa, se para en mirar los edificios, las plazas, las fuentes, los jardines, los paseos, los espectáculos de particular gusto que se le presentan á la vista; y olvidando con estos plausibles objetos, como con un dulce encanto, el término de su viaje, se le pasan las horas, y tal vez todo el día sin caminar para su destino. Lo mismo sucede á muchos de nosotros. Todos en este mundo somos peregrinos¹, que caminamos ó debemos caminar para la patria celestial, término feliz de nuestra jornada. No tenemos aquí ciudad permanente²: nuestra patria, nuestro destino, la ciudad verdadera de que debemos considerarnos como propios vecinos³, especialmente los que logramos la dichosa suerte de ser cristianos, es el cielo: para aquella ciudad somos criados y redimidos: á ella nos guia la santa fe que profesamos: á ella se deben dirigir todos los pasos de nuestra vida. Pero en el mismo camino por nuestra desgracia nos detienen y suspenden nuestra atencion los negocios terrenos, las vanidades, riquezas, honras y gustos del mundo. Así atentos únicamente á las cosas mundanas, se nos pasan las horas, los días, los años de la vida sin pensar seriamente en el cielo; y en vez de dirigir toda nuestra solicitud al dichoso término de nuestra jornada, que es la gloria celestial, de ninguna cosa cuidamos menos. En suma, los bienes aparentes de este mundo, que arrastran nuestro corazon, nos hacen olvidar la gloria eterna; y con este olvido, ¿qué mucho no suspiremos por ella, ni la busquemos con el debido afecto? ¿Quién busca con solicitud ni desea eficazmente lo que ha olvidado?

8. Mucho mayor aprecio mereció á los israelitas la Jerusalem terrena, que á nosotros la celestial. Cautivos en Babilonia, ni los trabajos de su dura esclavitud, ni las vanidades y delicias de aquella ciudad opulentísima, fueron capaces de apartar jamás de su memoria su dulce patria; y les era esta memoria tan grata, que lle-

¹ Dum sumus in corpore, peregrinamur à Domino. (II Cor. v, 6).

² Non habemus hic civitatem permanentem, sed futuram inquirimus. (Hebr. xiii, 14).

³ Ephes. xi, 19.

garon á prorumpir en estas expresiones ¹: «¡Oh Sion! ¡oh ciudad santa! primero sufrirémos que se nos corte ó se seque nuestra mano derecha, y se quede pegada nuestra lengua en el paladar sin poder moverla, que olvidarnos de tí.» Para mas avivar su memoria y contemplar á su satisfaccion tan dulce objeto, se salian del pueblo, dejaban el bullicio de las gentes: no querian oír voces halagüeñas, ni ver cosa alguna que pudiera llamar su atencion ó distraer su pensamiento: buscaban la soledad en las riberas del rio Eufrates, donde sentados con profundo silencio, repasaban en su memoria la grandeza, el tesoro, las delicias, todas las comodidades de su amada patria, de que se veian privados. Con este vivo recuerdo de tal suerte se les encendian los deseos de gozarla, que no cabiendo su llama en el pecho, se desahogaba en copiosas lágrimas ²: *Illic sedimus et flevimus, dum recordaremur tui Sion.*

9. ¡Ah! oyentes carísimos, ¿qué otros serian nuestros deseos y afectos, si supiéramos, á imitacion de los israelitas, apartar los ojos de todas las vanidades terrenas, y levantarlos al cielo, considerando con frecuencia y seriedad aquella dulcísima patria para la cual somos criados? ¿Con qué ansias la deseáramos? ¿Con qué solicitud procuraríamos gozarla? Lo mismo era fijar el santo rey David su pensamiento en la gloria celestial ³, que derretirse su alma en vivas ansias de llegar á la posesion de aquel sumo bien. La consideracion del premio eterno fue, segun el apóstol san Pablo, la que obligó á Moisés á dejar la corte de Egipto, despreciar las riquezas y delicias de un palacio, sufrir con invencible valor las fatigas de un viaje penosísimo, las crueles persecuciones y evidentes peligros á que tuvo tantas veces expuesta su vida. Contemplaba el inmenso premio de la bienaventuranza eterna; y puesta en él toda su atencion, lo tenia tan presente como si estuviera delante de sus ojos ⁴: *Aspiciebat enim in remunerationem.* De aquí los fervorosos deseos con que suspiraba su corazon para tan inestimable premio: de aquí sus arduas empresas, su invicta constancia, su admirable paciencia: de aquí en fin las heróicas acciones con que procuró merecer y adquirir un premio que por su grandeza se le proponia con razon digno de todo su afecto: *Aspiciebat enim in remunerationem.*

10. Ni es de admirar que sea tan poderosa la memoria del premio celestial y eterno; sabiendo todos á cuánto suele obligar la de

¹ Psalm. cxxxvi, 5, 6. — ² Ibid. 1.

³ Hæc recordatus sum, et effudi in me animam meam. (*Psalm. xli, 5.*)

⁴ Hebr. xi, 26.

los premios temporales de esta vida, tan inferiores en el verdadero valor, que ni merecen ser comparados con aquel. ¿Con qué animaba el mismo Moisés á su pueblo en el largo y penoso viaje del desierto, sino con la frecuente memoria de la tierra de promision, que le ofrecia por premio y término de sus trabajos, proponiéndoles aquella tierra, fértil, rica, deliciosa, propia para todas las comodidades? Esta memoria encendia en los pechos de todo el pueblo un ardiente deseo de llegar á tan feliz destino; y este deseo les hacia vencer todos los obstáculos, y sufrir todas las penalidades del camino por mas que fuesen grandes. Al labrador para tolerar las pesadas fatigas del campo: al navegante para exponerse á los graves peligros del mar: al militar para sacrificar su reposo, su sangre y su vida, ¿quién les anima, sino la memoria del premio que esperan de sus fatigas, de su constancia, de sus proezas? No habria podido el grande Alejandro animar su pequeño ejército á tantas y tan arduas empresas, á no haber acordado á los soldados con frecuencia el honor, los tesoros, las grandes conveniencias que habian de adquirir con sus conquistas. En cada peligro les repetia este recuerdo; y cada recuerdo era un poderoso incentivo del valor, que les hacia despreciar todos los peligros.

11. Si tanto puede la memoria de un premio transitorio, ¿qué hará la del premio eterno de la gloria? Para mejor demostrar el exceso, quisiera, oyentes carísimos, haceros aquí una pintura de aquel premio. Pero ¿quién es capaz de hacerla? Ni los ojos vieron, ni las orejas oyeron, ni el corazon, por mas que dilate sus senos, puede comprender, dice san Pablo ¹, lo que Dios tiene preparado para los que de veras le aman. Es, como dice san Juan ², un maná escondido, que solo puede conocerle bien el que le goza: es, segun la expresion de David ³, un manantial perenne de dulzuras, tan oculto como grande y copioso. Así hablan de la gloria los Apóstoles, los Profetas, los escritores sagrados: así la ponderan, sin explicar jamás en qué consiste. Querian declararlo, dice mi Padre san Agustin ⁴; pero faltándoles palabras correspondientes á la grandeza del objeto, prorumpian solo en exclamaciones y expresiones

¹ Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit que præparavit Deus iis qui diligunt illum. (*I Cor. ii, 9.*)

² Vincenti dabo manna absconditum. (*Apoc. ii, 17.*)

³ Quam magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quam abscondisti timentibus te! (*Psalm. xxx, 20.*)

⁴ S. Aug. in Psalm. lxxxv.

de asombro. Sin empeñarme, pues, en explicar lo que tanto excede de mi corta capacidad, solo expondré un tosco diseño, proporcionado á nuestros limitados alcances. Bastaria decir en compendio, que no hay bien verdadero, no hay deleite digno de este nombre, que no se goce plenamente en el cielo. En aquella region felicísima no se manifestarán solamente á los bienaventurados todos los bienes rápidamente, y con ciertas restricciones, como se manifestaron á un gran Profeta por singular beneficio en este mundo¹; sí que los poseerán y los gozarán todos: no por partes: no sucesivamente; sino juntos: no por pocos momentos: no por algunos dias, años, ó siglos; sino por toda la eternidad: no con cuidados para conservarlos, y menos con temor de perderlos por algun accidente; sino con infalible certeza de que ni podrán perderse jamás, ni disminuirse. Gozarán una paz imperturbable, una vida sin peligro de muerte, libre de todo dolor, de toda inquietud, de todo trabajo aun levisimo: unos deleites purísimos y suavísimos, que nunca se mudan y siempre son nuevos; porque la voluntad goza siempre todo lo que quiere, y siempre quiere todo lo que goza: una honra y dignidad elevadísima, sin cargo, sin riesgo, sin envidia: una compañía con estrechísima concordia y dulcísima union, ¿y de quién? No de aquellos fingidos héroes que vanamente deseaba Sócrates para su soñada dicha; sino de los Patriarcas, Profetas, Apóstoles y otros héroes verdaderos de la virtud y perfeccion sublime: de todos los coros de Ángeles: de la santísima Virgen, su reina y amantísima madre nuestra. Os parecerá esto mucho, y con razon. Pero levantad ahora, oyentes carísimos, el pensamiento. No solo gozarán los bienaventurados la compañía de las mas excelentes criaturas; sino del mismo Criador. ¿Qué digo la compañía? Gozarán realmente al mismo Dios: gozarán todos los bienes, todas las dulzuras en su misma fuente; ó por mejor decir, gozarán la fuente inagotable de bienes y dulzuras en sí misma. Se cumplirá en cada bienaventurado la magnífica promesa que hizo Dios á Abraham, cuando le dijo²: Yo, yo mismo he de ser la paga y el premio de tus servicios. Cada uno podrá decir con toda verdad con el real Salmista³: Dios, que es todo el objeto de mi corazon, es y será para siempre mi propia posesion y herencia: *Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum*. Verán los bienaventurados á Dios con

¹ Exod. xxxiii, 19 et seq.

² Ego... merces tua magna nimis. (*Genes. xv, 2*).

³ Psalm. lxxii, 26.

toda su majestad y grandeza, con todos sus atributos y perfecciones: entrarán en los profundos arcanos de la divina Providencia: se les descubrirán los inmensos tesoros de la divina Sabiduría, los altísimos misterios de la Trinidad, Encarnacion, Redencion y otros totalmente ocultos á la ciencia humana. Verán todo esto, no en espejos, enigmas ó sombras, como en esta vida pudieron verlo por la fe; sino clarísimamente, quitado el velo con que la misma fe lo había cubierto á sus ojos. En fin, verán á Dios con toda claridad, le amarán con todo el afecto, le gozarán con plenísima seguridad y dulzura, unido estrechamente con ellos para siempre.

12. ¡Oh cielo! ¡oh gloria! ¡oh premio verdaderamente inefable! ¿Qué corazon será tan duro, que con tu memoria no se abra-se luego en vivos deseos de gozarte? ¿Quién dejará de exclamar con ardientes ansias: ¡Oh Señor! qué bueno, qué dulce, qué dichosa cosa es estar y permanecer por toda la eternidad con Vos en ese centro de delicias¹? ¿Cuándo llegará el instante feliz en que nos veremos en vuestra presencia, y gozaremos de vuestra dulcísima vista²? Las miserias, los trabajos, las tribulaciones de esta vida, por mas grandes que sean, son nada en comparacion de tan grande premio³. ¿Quién por él no despreciará con ánimo generoso todas las honras, bienes y deleites de este mundo? ¿Quién no llevará con paciencia la cruz de la mortificacion, aunque sea por toda su vida?

13. Tales serian sin duda, oyentes carísimos, nuestras ansias y fervores, si seriamente pensásemos en la gloria celestial; y tales realmente son los afectos que su memoria excita en las almas contemplativas. El santo Job, en medio de sus imponderables penas y miserias, se consolaba con el pensamiento de que habia de ver algun dia claramente á su Dios⁴: *Et in carne mea videbo Deum meum, quem visurus sum ego ipse*. Con esta consideracion se consolaron siempre los justos en sus tribulaciones: con ella cobraban valor los anacoretas y otros penitentes, para sufrir la mas áspera mortificacion: con ella se animaban los mártires á sufrir, no solo con invicta paciencia, sino con especial alegría los mas horribles tormentos. Hable por todos aquel digno discípulo y sucesor de los Apóstoles, héroe verdadero de la cristiana virtud: hable, digo, el gloriosísi-

¹ Domine, bonum est nos hic esse. (*Math. xvii, 4*).

² Quando veniam et apparebo ante faciem Dei? (*Psalm. xli, 2*).

³ Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, que revelabitur in vobis. (*Rom. viii, 18*).

⁴ Job, xix, 26.

mo mártir san Ignacio, que cuando se vió destinado al martirio, explicaba los incendios de su corazon con estas expresiones: «Vengan las fieras que me tienen preparadas para despedazarme con su rabia: vengan contra mí espadas, fuegos, cruces, bestias feroces que rompan mis huesos y desmenucen mi cuerpo: vengan todos los tormentos que puede inventar la malicia infernal: á todos me sacrificaré gustoso, solo para gozar á Cristo mi Dios y Señor.» *Tota tormenta diaboli in me veniant, tantum ut Christo fruatur.* Ved, amados oyentes, cuán fervorosos deseos, cuán admirables resoluciones, cuán felices efectos causa en el corazon humano la seria y profunda consideracion de la gloria celestial. Ved en fin, que si se hallan nuestros corazones, como realmente se hallan, distantísimos de aquel fervor, es en gran parte por la falta de esta consideracion.

§ II.

14. Sí, el olvido del cielo y de la gloria eterna es el que tiene á nuestros corazones frios, helados, flacos para cualquiera empresa y obra virtuosa. Un pequeño trabajo nos acobarda: una leve mortificacion nos espanta: un gusto momentáneo, una honra vana, una conveniencia terrena, cualquiera que sea, basta para obligar nuestro afecto y arrastrarle: la mas mínima cosa nos aparta del servicio de Dios; porque no pensamos con la debida seriedad y atencion en el premio imponderable de la gloria celestial, que ofrece Dios á sus fieles servidores que por su amor trabajan y sufren. Fijados los ojos en la tierra, como los brutos, no los levantamos al cielo; antes los apartamos positivamente, como los infelices viejos de quienes habla el profeta Daniel ¹, para desahogar con mas desenfreno nuestras pasiones. Ni consideramos el premio de nuestras obras, ni el fin para que somos criados, ni el término feliz á que debemos aspirar y dirigir los pasos de nuestra vida. ¿Qué objetos, ó mas dignos de la meditacion cristiana, ó mas propios del pensamiento humano? y ellos son con todo los mas olvidados, aun de los mismos que hacen gloria de creerlos firmemente.

15. Séneca, sin embargo de ser gentil, se lamentaba de los que únicamente ocupados en los negocios de esta vida breve y caduca, no se tomaban algun tiempo de retiro para pensar despacio en el fin que habian de tener despues de la muerte. ¿Serémos, decia,

¹ Declinaverunt oculos suos ut non viderent cœlum. (*Dan. xiii, 9*).

tan irracionales, que no consideremos muy seriamente el término de nuestra jornada, ni el fin para el cual estamos puestos en este mundo? Yo para mejor considerarlo he dejado el bullicio de la gran corte y cabeza del mundo, el concurso de las ciudades y pueblos: me he retirado en una casa de campo, donde abstraído de todas las vanidades mundanas pienso despacio y con seria reflexion en lo que no podria pensar entre los negocios y diversiones del siglo. ¡Qué confusion para los cristianos que viven tan olvidados del fin dichosísimo para el cual son criados y redimidos! ¿Cuáles hubieran sido las diligencias de aquel insigne filósofo, si hubiera sabido con certeza que el fin para que Dios le habia puesto en esta vida, no era menos que gozar despues para siempre la clara vista de Dios, y con ella todos los bienes y deleites verdaderos que puede justamente desear nuestro corazon? Lo sabe bien el cristiano, instruido por la santa fe; con todo vive olvidado enteramente de su fin.

16. No sea tanta, oyentes carísimos, nuestra ceguedad: no nos dejemos arrastrar con tanta fuerza de las vanidades mundanas: no dejemos ocupar nuestro pensamiento de los negocios terrenos en tanta manera, que apartemos absolutamente del cielo y de la gloria nuestra atencion. Abstraigámonos de tanto en tanto, y separemos el pensamiento de las cosas temporales: busquemos el recogimiento interior y exterior para considerar lo que mas nos importa. Entre tantas horas que ocupamos en cosas de esta vida, dediquemos algunos ratos á la consideracion de la eterna: siquiera en los dias de fiesta, destinados á los negocios espirituales y á la santificacion de nuestras almas, recojámonos con santo silencio en la iglesia ó en otro lugar oportuno, y allí contemplemos atentamente la grandeza, la dulzura, la eternidad del premio que esperamos en el cielo, verdadera patria nuestra, region deliciosísima, término y fin dichosísimo de nuestra carrera.

17. Desde luego arrepentidos de nuestro fatal olvido, digamos en nuestro interior: ¡Oh tiempo verdaderamente perdido para nosotros! ¡oh dias desgraciados los que hasta aquí hemos pasado sin acordarnos de nuestra dulce patria, digna de todo nuestro afecto! ¡oh ingratitud enorme! Habiéndonos criado Dios para un fin tan noble y excelente, como es gozarle para siempre: habiendo comprado tan inestimable bien á costa de imponderables penas y trabajos, con el inmenso precio de su sangre y de su vida sacratísima; nos ha merecido tan poca estimacion, que hemos pasado la vida sin pensar apenas en él. ¿Puede darse mayor ingratitud, mayor dure-

za, mayor ceguedad? Ya, Señor, nos pesa de todo corazón de tan torpe olvido, que ha sido sin duda el origen de nuestras culpas. Eficazmente proponemos emplear en adelante nuestro pensamiento con seriedad y con frecuencia en la consideración del premio inefable que nos teneis ofrecido, y del fin dichosísimo para el cual nos habeis criado, nos habeis redimido, nos habeis ilustrado con la santa fe y nos habeis asistido con poderosos auxilios. Para considerarlo dignamente, ilustrad, Señor, nuestros entendimientos: inflamad nuestros corazones: concedednos vuestra santa gracia; y haced, finalmente, que logremos con ella el inmenso premio de la gloria, que vuestra infinita bondad se ha dignado prepararnos y ofrecernos en el cielo. Amen.

HOMILÍA

SOBRE LOS EFECTOS DE LA VERDAD RELIGIOSA EN EL HOMBRE EN OPOSICIÓN Ó CONTRASTE CON LOS DE LOS ERRORES.

Post dies sex assumpsit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducti illos in montem excelsum seorsum: et transfiguratus est ante eos, etc., etc. (Matth. XVII).

Que el error pierde y que la verdad salva, que el uno destruye y el otro edifica, son cosas que á ninguno se le ocultan con tal que quiera raciocinar, pues la verdad es el ser, y el error es la destrucción ó falta del ser. Y como esto se observa y palpa en las ciencias como en las artes, en lo que produce la naturaleza igualmente que en lo que los hombres hacen; no hay inteligencia alguna que no pueda juzgar de los errores por sus consecuencias, segun hemos dicho ya, y de la verdad por sus efectos, segun diremos. En música, en pintura, en arquitectura, juzgan los hombres aun sin tener idea de los preceptos y reglas de estas artes, por las sensaciones que experimentan al ver ó al oír sus prodigios; y sin ser filósofos se recrean con un bello paisaje, y quedan llenos de admiración al entrar en un frondoso bosque donde la tierra, las aguas, el aire y aun el cielo, conspiran de consuno para reunir la belleza y la comodidad. ¿Por qué así? Porque el ser que tenemos es una verdad, y como tal está en armonía con todas las verdades ó con la verdad de todos los seres, ora naturales, ora artificiales, que se ofrecen á nuestra vista ó se pongan de cualquiera modo en contacto con nosotros. Pues y si esto se verifica con las cosas que nos son accidentales ó exteriores, ¿cómo no se realizará en lo que nos es tan esencial é intrínseco como la verdad religiosa? Somos de Dios y somos los hombres para Dios; de ahí el que no haya hombre, no haya habido ni pueda haber pueblo alguno sin alguna religion; pero como en nuestro ser haya tantos y tan visibles defectos, ó lo que